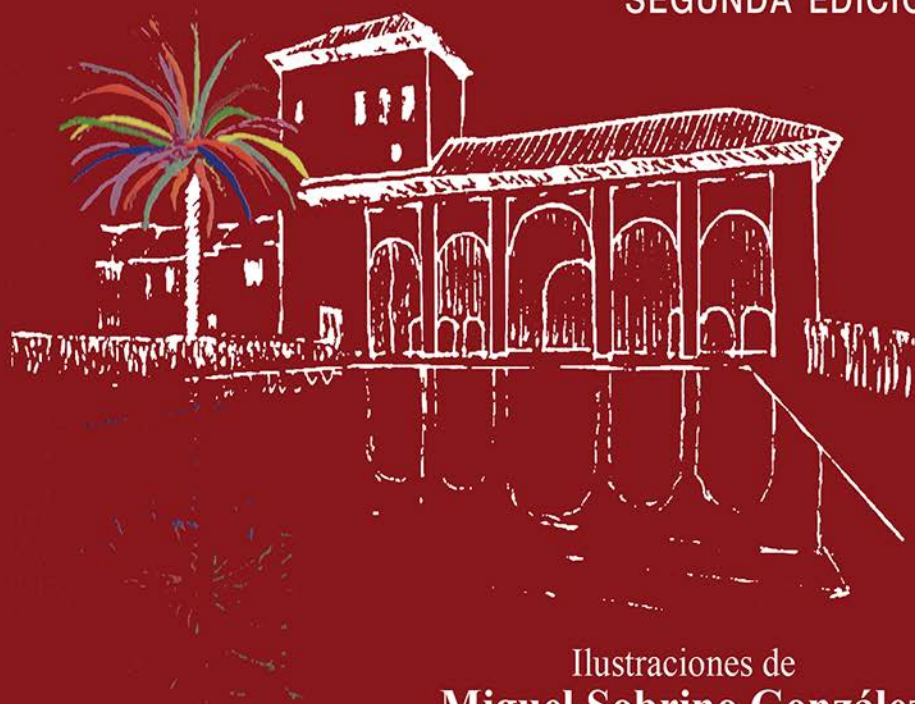


Juan Castilla Brazales
Antonio Orihuela Uzal

En busca de la
Granada andalusí

SEGUNDA EDICIÓN



Ilustraciones de
Miguel Sobrino González



JUAN CASTILLA BRAZALES

ANTONIO ORIHUELA UZAL

En busca de la
Granada andalusí

Ilustraciones de
MIGUEL SOBRINO GONZÁLEZ

segunda
edición

GRANADA 2024

© JUAN CASTILLA BRAZALES

© ANTONIO ORIHUELA UZAL

© Ilustraciones: MIGUEL SOBRINO GONZÁLEZ

Portada y planimetría: MIGUEL GONZÁLEZ GARRIDO

Editorial Comares, 2024

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com

facebook.com/comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-792-5 • Depósito legal: Gr. 518/2024

FOTOCOMPOSICIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES

«Granada se mostró placentera y majestuosa ante mis ojos. Además de ser una de las ciudades más importantes de al-Andalus, es capital de este reino musulmán y sede de su poder. A lo insólito de su posición y a la belleza de sus edificios suma donaire, elegancia y una admirable situación. Hay en ella artesanos de todo tipo y guarda similitud con la Damasco de Siria, pues dispone de agua corriente, huertos, jardines y viñas. Punto de encuentro de personajes ilustres, sabios, notables, poetas y artistas, he visto en Granada a los hombres más destacados, así como grandiosos monumentos y amenos lugares.»

Abd al-Basit b. Jalil, *al-Rawd al-basim*

(Fragmento extraído de un relato escrito por el viajero egipcio Abd al-Basit b. Jalil durante su visita a Granada en el año 1465)

Agradecemos a las profesoras Julia García Leal, María Dolores Guardiola González y María del Carmen Jiménez Mata el tiempo empleado en la lectura de esta obra, así como sus valiosas sugerencias.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

LA segunda edición de este libro ve la luz dos décadas después de que sus primeros ejemplares saliesen de la imprenta. Es, sin duda, un período de tiempo suficientemente amplio para que hoy nos hagamos una idea aproximada de lo que ha debido de significar para los lectores a los que iba especialmente dirigido: desde los apasionados de la historia de Granada, interesados en conocer cualquier pormenor de su pasado, hasta los infatigables rastreadores del patrimonio, movidos por su afán de explorar las huellas culturales y los espacios arquitectónicos de la ciudad. A unos y otros fueron dedicadas estas páginas desde un presupuesto ciertamente complejo, el de conciliar el rigor científico, el lenguaje sencillo y la técnica narrativa, sin renunciar por ello a brindar una información fiel y certera, respaldada por la bibliografía más especializada.

Contemplado ahora con la perspectiva de los años transcurridos, este libro ha sobrepasado las expectativas iniciales, cuando salió al mercado con la pretensión de abrirse un hueco entre las guías histórico-artísticas de Granada y contribuir al conocimiento de la historia y el patrimonio de la ciudad. En el momento de su publicación tuvo una buena acogida en los medios de comunicación y entre los sectores culturales, intelectuales y turísticos, puesta de manifiesto a través de numerosas reseñas en periódicos, revistas y libros especializados. Luego, sus posteriores reimpressiones fueron dando respuesta a las demandas de nuevos lectores hasta que,

finalmente, sin presencia en las librerías desde que se declarara agotado, se estimó necesario reeditarlo. Celebramos, por tanto, que renazca ahora y confiamos en que eche a rodar con el mismo estímulo que lo puso en circulación.

Poco o nada hay que añadir a lo dicho en los días de su lanzamiento, cuando se señaló que este libro venía a enriquecer notablemente el corpus de trabajos concebidos para dar a conocer el patrimonio de la ciudad. Se subrayaron entonces los dos rasgos distintivos que hacían de *En busca de la Granada andalusí* una obra notoriamente diferente: de un lado, su enfoque innovador; de otro, sus límites temporales. En cuanto al primero, recordemos que nos disponemos a recorrer la ciudad de la mano de unos personajes de ficción, un recurso literario que, además de contribuir a aligerar la descripción física de los monumentos, permite explicarlos e interpretarlos a través de los ojos del visitante llegado de lejos, buen conocedor de lo que estudia y, sin embargo, ajeno a polémicas locales que condicionen sus opiniones, a interferencias socioculturales que coarten sus comentarios. Por lo que respecta al segundo, este trabajo orienta su mirada a la Granada que vivió bajo dominio árabe-islámico durante ochocientos años, con especial atención a la de los siglos XI al XV.

En los inicios del libro se incluye un breve apunte sobre el origen del islam, su posterior expansión y su llegada a la península Ibérica. Sigue a éste un sencillo recorrido por las distintas etapas en las que suele dividirse tradicionalmente la historia de al-Andalus. Este capítulo preliminar trata de ayudar a entender mejor el ambiente que se respiraba en Granada cuando tuvieron vida las edificaciones andalusíes que se analizan.

El lector encontrará en este libro noticias fidedignas de algunos hechos históricos y datos precisos de todos los elementos arquitectónicos recopilados. Hallará también en él puntuales aclaraciones acerca de la evolución urbanística de la ciudad y oportunas observaciones sobre la transformación de las casas para adaptarse a las necesidades sociales de cada época. Edificios representativos de la tradición árabe-islámica, como los baños y las mezquitas, son objeto de estudio junto a construcciones, lugares y emplazamientos de

ámbito público, tal es el caso de aljibes y acequias, arcos y puentes, torreones y puertas, cementerios y murallas, barrios y mercados, calles y plazas. Entre semejante cúmulo de anotaciones, singularmente interesantes pueden resultar las referencias recogidas sobre la vida cotidiana de los granadinos, más íntima y reservada en el interior de sus viviendas, más pública en los espacios urbanos de uso común.

Las siguientes páginas buscan reconstruir la urbe medieval granadina a partir de las construcciones de época andalusí que aún se conservan, con el concurso también de otras muchas desaparecidas de las que tenemos constancia por las fuentes escritas y los restos arqueológicos. Examinadas todas ellas en su conjunto, se estará en disposición de graduar el importante patrimonio andalusí que atesora la ciudad de Granada. No es ésta una cuestión menor si se hojean los libros que tratan de su historia general, en donde ese particular acervo queda un tanto eclipsado por la interposición de la Alhambra, un conjunto monumental que irradia luz propia, tan potente como para confundir al visitante haciéndole creer que el alma y la materia de la Granada andalusí se hallan encerradas en exclusiva entre sus muros, privándolo de iniciativa para explorar otros rincones en los que también hay mucho que contemplar y descubrir. En consonancia con esto último, el libro propone siete itinerarios: seis por las distintas zonas de la urbe islámica y uno por la ciudad palatina, dejando deliberadamente este último para el final, tratando así de reivindicar el valor e interés de otros monumentos y enclaves, animando al lector a planificar una más que probable semana de paseos culturales y turísticos por la ciudad.

En cuanto a los dibujos, además de didácticos, entendemos que suponen una sugestiva alternativa a los repertorios fotográficos que comúnmente acompañan a los textos, asociados a monumentos aún en pie y de fácil acceso a través de Internet. En cualquier caso, son una fiel reproducción de un gran número de reconstrucciones hipotéticas de edificaciones andalusíes parcialmente conservadas, basadas todas ellas en rigurosas investigaciones.

Este libro ha cumplido años sin envejecer, de tal modo que, a día de hoy, goza de plena vigencia. Se relanza ahora con un único

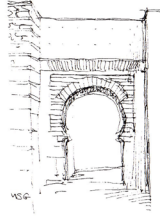
cambio con respecto al original de la primera edición, que atañe al apartado de las ilustraciones. En concreto, tiene que ver con el dibujo que reproducía la imagen del Alcázar Genil, inexacto a partir de que unas excavaciones arqueológicas efectuadas en 2010 revelaran que la ubicación de su voluminosa alberca era diferente a la concebida por nosotros. Señalemos a propósito de esta precisión que los restos parciales de ella han sido conservados y acondicionados para su exhibición museística en la estación de metro denominada Alcázar Genil.

A su versión original en castellano, suma este libro una edición en árabe, llevada a cabo en Riad en 2021 bajo el título de *Bahṭ^{am} ‘an Garnāṭa al-andalusiyya*, debida a los doctores Bassām al-Bazzāz y Sālīḥ al-Sunayḏī.

A través de los hechos históricos, los edificios y los lugares que hilvanamos a continuación, el lector encontrará una buena oportunidad para sumergirse en la época fascinante e inspiradora de la Granada andalusí. Como autores, agradecemos el interés que demostraron quienes nos acompañaron en la primera edición y damos la bienvenida a aquellos otros que se adentran por primera vez en el universo de estas páginas.

Granada, primavera de 2024
Los autores

INTRODUCCIÓN
UN ENCUENTRO, UNA PROPUESTA
Y UN POCO DE HISTORIA



UN fax remitido desde Londres ha puesto fin a una desconcertante historia que se ha prolongado más de lo que podíamos imaginar. Ha sido enviado a primera hora de una jornada de agosto y lo firma Kamal Husayn, nombre por el que responde un curioso personaje al que, justamente otra mañana de agosto, tuvimos oportunidad de conocer tres años atrás.

Nada hacía sospechar que aquel caluroso día de verano iba a alterar tanto el curso de nuestro trabajo. Kamal Husayn había llegado a Granada el día anterior, pero ya se encontraba en España desde hacía dos semanas. El vuelo de Londres a Madrid lo había hecho solo y en la capital española se había reunido con otras tres personas que trabajaban a sus órdenes.

La tarjeta que nos alargó nada más estrecharnos la mano lo hacía profesor de Arquitectura en Riad. Sus ademanes, exquisitamente correctos, se correspondían con la rígida educación de quien ha compartido desde pequeño mesa y mantel con diplomáticos. Luego averiguamos que, efectivamente, su abuelo había sido embajador del Reino Saudí en Londres.

Dio la impresión de querer desviar inmediatamente toda atención sobre él, pues no tardó en hablarnos de Sulayman

al-Walid y Faysal Yamani, dos competentes topógrafos saudíes de su más absoluta confianza, y de Amin al-Hilali, un fotógrafo egipcio a quien había conocido décadas atrás en Granada. Porque enseguida supimos que Kamal Husayn había vivido cinco años en esta ciudad, un período de tiempo bien rentabilizado, que, según nos dijo, le sirvió para aprender bien el castellano, cursar estudios de historia medieval española y licenciarse en Historia del Arte. Luego, la estancia de su familia en Londres, lo había llevado hasta Oxford, en cuya universidad había seguido la carrera de Arquitectura hasta doctorarse.

Kamal Husayn no había nacido en Arabia Saudí. Contrariamente a lo que habría cabido esperar, los frecuentes traslados de su abuelo no habían logrado impedir que la familia del diplomático, muy atraída por la cultura anglosajona, decidiese finalmente establecerse en Inglaterra. De manera que el padre del profesor Husayn, al igual que otros de sus tíos, vino al mundo en la capital británica. Y allí también nació Kamal Husayn.

Según nos dijo, cuando contaba seis años se vio frustrado un posible traslado de su familia al Reino Saudí. Corría el año 1956 y su padre había decidido emprender algunos trabajos en aquella zona, pero justo en esa fecha estalló la crisis de Suez y el rey Sa'ud, colocado entonces decididamente al lado de Egipto, rompió relaciones con Francia y Gran Bretaña e incluso bloqueó el envío de petróleo a estas naciones. Las circunstancias aconsejaron que no era el mejor momento para instalarse en el país saudí, sumido en graves desequilibrios económicos, y la familia decidió aguardar hasta que los acontecimientos evolucionasen.

El padre de Kamal Husayn había sido arquitecto urbanista. Se había formado en Londres y en Munich, si bien había permanecido algún tiempo en Estados Unidos. Había colaborado en los trabajos de las torres de Lafayette Park de Detroit y había llegado a ser miembro del Instituto Británico de Urbanismo.

Como tuvimos tiempo de comprobar, la formación del profesor Husayn era muy completa, pues desde muy joven se había interesado por ámbitos de estudio muy variados. Cuando a finales de los sesenta cursaba estudios de Arqueología en la Universidad de Londres, ya había acompañado a su padre en algunos de los trabajos llevados a cabo por éste en Alemania.

Siguiendo la huella de su progenitor, había viajado luego en distintas épocas a Estados Unidos y había residido a caballo entre Inglaterra y Alemania. Pocos años antes de presentarse ante nosotros, le habían cursado una oferta desde Riad para que ejerciese la docencia en la Escuela de Arquitectura de la capital saudí y él, un poco atraído por sus orígenes y otro tanto movido de su espíritu inquieto, no había tardado mucho en aceptarla.

Precisamente, mientras ejercía como profesor en Riad le había llegado el encargo que ahora nos trasladaba. Curiosamente, justo cuando hubo de planteárnoslo, el tono del Dr. Husayn comenzó a sonar distinto. La voz firme con que parecía habernos presentado las credenciales de su equipo de trabajo dio paso a otra más insegura. Quizás aguardaba inquieto nuestra primera reacción.

Resultó incluso brusco que, después de habernos descrito con detalles el historial que avalaba a cada uno de sus hombres, sus palabras saliesen ahora entrecortadas y el timbre de su voz fuese ahora más apagado.

Según fuimos deduciendo de su cada vez menos atropellada propuesta, un destacado personaje de la vida económica y social del Reino de Arabia Saudí estaba muy interesado en reproducir piedra a piedra y palmo a palmo la fisonomía y la estructura exactas de lo que había sido la Granada andalusí. Tal y como pudimos entender, la réplica resultante se instalaría en una zona despoblada de su país que formaba parte de sus propiedades.

El misterio con que fue envolviendo cada una de sus frases indujo a sospechar que ninguna de nuestras pregun-

tas obtendría respuesta. Y, efectivamente, así ocurrió. De nada sirvió que especuláramos sobre quién estaba detrás de todo aquello y con qué extensiones de terreno contaba para tan magnas pretensiones. Y de poco valió interrogarse sobre la finalidad que guiaba aquella empresa, de manera que ignorábamos si respondía a planteamientos comerciales que tratarían de obtener pingües beneficios derivados del turismo, u obedecía al capricho de un excéntrico personaje deseoso de dar rienda suelta a los placeres más elitistas.

Según nos indicó, era expreso deseo de su cliente quedar en el anonimato en esas primeras etapas del proyecto y, tal y como debíamos entender, poca importancia tenía para el desarrollo del plan que conociéramos o no el lugar exacto donde se levantaría la reproducción de la ciudad y la suerte que correría ésta una vez edificada. Pues, en todo caso, nuestra labor, de momento, no iría más allá de guiar y acompañar al grupo dirigido por el profesor Husayn mientras éste recorría el trazado que las huellas de la cultura andalusí hubiesen dejado en la ciudad.

Sí tuvimos más referencias. Algunas partieron expresamente de Kamal Husayn y otras las fuimos deduciendo. Su cliente tenía las ideas muy claras acerca de la Granada medieval que deseaba reproducir. Al parecer, quería satisfacer el viejo sueño de asomarse desde sus palacios a los edificios que contemplara Boabdil a finales del siglo XV.

Expresada así la idea, parecía entenderse que nuestro anónimo saudí, además de poseer palacios en plural, enclavados seguramente en una altura desde la que se podría dominar una ciudad, disponía de suficientes conocimientos sobre la historia de al-Andalus como para saber situar cronológicamente la Granada de Boabdil. Más adelante, el paso de los días nos fue confirmando que no sólo este hombre de negocios, o príncipe saudí, o lo que fuera, tenía amplias nociones de nuestra historia. También Kamal Husayn conocía nuestro pasado. Y muy bien.

Era admirable escuchar con qué sencillez y claridad hablaba el profesor a sus colegas sobre el paso del Islam por la Península Ibérica. En uno de los primeros desayunos que compartimos con ellos, asistimos a la exposición de una breve síntesis histórica que Kamal Husayn hizo remontar a Mahoma, el profeta de los musulmanes, a quien se atribuía el papel de haber creado un reino formado por pueblos que habían ido haciendo suya una de las grandes religiones de la Humanidad: el Islam. Él mismo había sentado las bases de la nueva doctrina en los comienzos del siglo VII. Luego, tras su muerte, sus sucesores en el poder habían adoptado el título de califas y habían ejercido el liderazgo temporal y espiritual de la entonces joven comunidad musulmana, siendo ellos, en realidad, los responsables de haber transformado ese reino en imperio y de haber ensanchado ampliamente sus límites.

Un período de dirección ortodoxa protagonizado por cuatro califas había dado luego paso al gobierno de los omeyas, nombre que recibían los miembros de una dinastía que había reinado desde Damasco entre la mitad del siglo VII y la mitad del siglo VIII, aunque luego había tenido continuidad en tierras hispanas hasta inicios del siglo XI. Los califas omeyas, desde planteamientos algo más heterodoxos, se habían encargado de dar gloria a esos dominios y, aunque sus aspiraciones se habían visto frenadas por el Imperio Bizantino en el este y por el reino de los francos en el oeste, habían logrado configurar un mapa territorial que había llegado a abarcar desde la Península Ibérica hasta los límites del Sind, en la India.

Posteriormente, la dinastía abbasí, tras derrocar a los omeyas, había gobernado desde Bagdad a partir del siglo VIII y se había mantenido en el poder hasta mediados del siglo XIII, fecha en la que fue tomada su capital por los mongoles y ejecutado el último de sus califas.

Fruto de la expansión omeya, en los inicios del siglo VIII había tenido lugar la llegada de los primeros árabes a

la Península, próspera tierra a la que ya se daba el nombre de al-Andalus. Centrado ya en este ámbito geográfico, siguió explicando el profesor Husayn que el Islam se había mantenido en esta zona ocho siglos. Durante ese tiempo, el centro intelectual del llamado Occidente musulmán no había abandonado suelo español. La floreciente Córdoba había pasado el testigo a otras capitales peninsulares y, finalmente, a Granada le había correspondido cerrar el ciclo de presencia islámica en nuestras tierras.

En efecto, habían sido casi ocho centurias las que habían mediado entre el año 711 y el 1492, fechas de significado interés para la Historia de España que se correspondían respectivamente con el desembarco del primer contingente musulmán en la Península y con la entrada oficial de los Reyes Católicos en Granada; si bien es verdad que la presencia de minorías moriscas establecidas en algunas regiones había prolongado la pervivencia de la cultura andalusí en el país hasta comienzos del siglo XVII.

Analizados ahora, tres años después, no nos cabe duda de que los momentos de descanso que se fueron sucediendo en nuestros primeros encuentros estuvieron hábilmente preparados por el Dr. Husayn. No tardamos en acostumbrarnos a que las pausas en las que se dejaba de hablar de material, planos, equipamiento, permisos institucionales o presupuestos, desembocaran siempre en agradables paréntesis destinados a instruir suficientemente a sus compañeros en el devenir histórico de España en época islámica.

Apuntada así la finalidad de aquellas charlas no cabría interpretar sino que Kamal Husayn anunciaba abiertamente sus propósitos. Pero no, nada de eso había. Curiosamente, los ordenados retazos de historia que desplegaba en las pausas que se hacían para tomar café o almorzar, nunca parecían estudiados. Sólo en una ocasión, quizás traicionándole el subconsciente, defendió ante su equipo de trabajo que no era posible llevar adelante una empresa de aquellas características sin entender bien algo del espíritu

y los avatares que habían planeado sobre estas tierras durante los siglos de presencia musulmana.

Según él, aunque existían variadas hipótesis acerca de los itinerarios seguidos por los musulmanes en la conquista de la Península Ibérica y de los términos en que se había producido ésta, cabía deducir de las interpretaciones más tradicionales que el conde don Julián, un mandatario de sangre goda que controlaba el área del Estrecho en los comienzos del siglo VIII, había ofrecido facilidades de desembarco en la Península a Musa b. Nusayr, quien a la sazón gobernaba la región del norte de África en nombre del califa de Damasco.

Algunas fuentes árabes señalaban que habían sido Tarif y Tariq los primeros jefes militares enviados por Musa a la Península. El primero, al frente de una expedición de exploración, habría dado su nombre a Tarifa, mientras que del segundo habría tomado su denominación el monte en el que Tariq desembarcó con sus hombres (*yabal Tariq*= monte de Tariq, o Gibraltar). Corría entonces el año 711, si bien se tenía constancia de que, ya a finales del siglo VII, barcos musulmanes procedentes de Cartago habían protagonizado incursiones en Sicilia, Baleares, Cerdeña y la Península Ibérica.

Un día el profesor Husayn nos sorprendió a todos al finalizar el almuerzo. Apenas retirados los postres, hizo acopio de cubiertos y vasos y desplegó en la mesa un imaginario mapa de la Península que se prolongaba por el norte hasta penetrar en el sur de Francia. De manera sumamente gráfica fue explicando a sus colegas cómo se desarrollaron las campañas que habían conducido a Tariq y al propio Musa a la conquista de Toledo, la capital visigoda, y de la práctica totalidad de los territorios peninsulares. Sucesivos avances les habían llevado hasta el sur del entonces reino de los francos, pero luego, requeridos por el califa de Damasco, ambos dirigentes se habían visto obligados a abandonar la Península y a dejar el control de ésta en manos de un hijo de Musa, que la había gobernado desde Se-

villa. Con la llegada al poder de éste se había iniciado en al-Andalus un período en el que se habían ido relevando en el cargo un buen número de emires o jefes militares que, nombrados por el gobernador del norte de África o por el califa omeya, habían desempeñado su labor con desigual fortuna y acierto.

Ésta había sido la situación vivida por al-Andalus en los cuarenta años que habían mediado hasta la llegada a la Península de Abd al-Rahman I, un joven miembro de los omeyas de Damasco que logró escapar de una matanza hábilmente urdida por los abbasíes contra su familia. Su huida desde Oriente le había deparado toda suerte de vicisitudes, habida cuenta que hubo de atravesar Palestina, Egipto y el norte de África hasta llegar a al-Andalus; regiones en las que sufrió peligrosas persecuciones organizadas por hombres fieles al nuevo califa abbasí.

Las divisiones internas que se vivían en la Península entre grupos de árabes que tenían una procedencia tribal distinta, habían hecho que la presencia de un joven príncipe omeya aguardando el momento oportuno para cruzar el Estrecho fuese contemplada por algunos sectores de la población como la mejor solución para sus problemas. A su desembarco en Almuñécar, ocurrido en 755, le habían seguido unos meses de entusiastas adhesiones que le habían bastado para formar un importante ejército con el que derrotar al entonces gobernador de al-Andalus y hacerse proclamar en Córdoba emir y fundador de la dinastía omeya que dirigiría los destinos del país hasta 1031. Esto tuvo lugar en 756, cuando Abd al-Rahman I contaba veintiséis años de edad.

Emires, primero, y califas, después, habían ido ocupando el trono de Córdoba con mayor o menor éxito. Unos se habían distinguido por su fama de buenos estadistas, otros habían emprendido reformas en el ejército y otros se habían preocupado de impulsar el proceso de arabización e islamización en la Península. Unos habían procurado esta-

bilidad interna al país, en tanto que otros se habían visto obligados a sofocar un buen número de rebeliones internas. Unos más y otros menos, todos invirtieron tiempo en luchar contra los cristianos y en defender sus costas. Y los hubo cultos y refinados, así como sagaces, magnánimos y sobrios.

Pero, según concluyó el Dr. Husayn, había sucedido lo inevitable. La institución califal se había ido adentrando en un ininterrumpido proceso de deterioro que, poco a poco, había traído consigo el principio del fin de la dinastía omeya en al-Andalus. Luego, los enfrentamientos, luchas, matanzas y golpes de Estado se fueron sucediendo y personajes de toda condición se hicieron proclamar califas ante el asombro de una población que hubo de vivir en una atmósfera de guerra civil durante los más de veinte años que condujeron al conocido período de taifas, ya en el siglo XI.

Cierto día, la mesa de nuestro despacho sufrió una gran transformación cuando el Dr. Husayn la dejó libre de papeles, libros y lapiceros. El profesor conocía a la perfección los contenidos que había que dar al mapa peninsular en cada una de sus distintas etapas islámicas. Para hablar de las taifas recurrió a cuantos objetos encontró a su alcance y en cuestión de minutos diseñó un ilustrativo perfil de las posiciones geográficas que había ocupado cada reino en la Península.

La época de taifas había comenzado cuando, una vez caído el califato, muchos de los mandatarios que gobernaban las provincias de al-Andalus se proclamaron reyes independientes. El país había quedado fragmentado en un buen número de reinos que protagonizaron continuos enfrentamientos, correspondiéndoles el papel de más poderosos a aquellos que, por su situación limítrofe con los cristianos, habían contado con mayor presencia militar durante la época califal. Aunque todos recaudaban impuestos y disponían de corte, vasallos y ejército propios, exis-

tían grandes diferencias entre los considerados de mayor poderío —caso de los abbadíes de Sevilla, de los Banu Sumadih de Almería, los aftasíes de Badajoz, los yahwaríes de Córdoba, los ziríes de Granada, los hammudíes de Málaga, los du l-nuníes de Toledo, los amiríes de Valencia o los hudíes de Zaragoza— y los de menor relevancia —caso de Albarracín, Algeciras, Alpuente, Arcos, Carmona, Huelva, Jerez, Lorca, Medinaceli, Morón, Niebla, Ronda, Silves (en Portugal) o Tudela—.

Al llegar aquí, el Dr. Husayn dio muestras de saber muy bien lo que le podía deparar un recorrido actual por la Granada islámica. Antes de redistribuir los objetos repartidos por la mesa para dibujar un nuevo mapa, apoyó su dedo índice sobre la goma de borrar que hacía las veces de reino zirí de Granada y lo mantuvo así durante unos minutos mientras reclamaba una especial atención de sus hombres. Según les advertía desde ese momento, los restos andalusíes que iríamos encontrando en nuestro paseo por Granada remitirían principalmente a época zirí o a época nazarí. De esta última ya les hablaría en una futura ocasión, por lo que ahora sólo les pedía acierto para hacer corresponder el calificativo de zirí con la etapa en que Granada había vivido bajo el gobierno de los Banu Ziri, nombre por el que habían sido conocidas en la Edad Media dos dinastías beréberes de la zona occidental del mundo islámico. Ahora bien, la que a ellos debía interesar, una rama secundaria de otra que gobernó en el norte de África, fue la responsable de haber dado vida a un reino independiente con capital en Granada. Ese reino, fundado a comienzos del siglo XI, tras la caída del califato cordobés, había tenido ochenta años de existencia y había brillado con luz propia hasta la entrada de los almorávides en la Península. Hablar, por consiguiente, de la Granada zirí era tanto como referirse a la Granada del siglo XI.

Luego, al tiempo que levantaba el dedo, cerró el capítulo de las taifas concluyendo que había sido la desunión de éstas ante la presión cristiana por el norte y la beréber

por el sur la causa de su autodestrucción. No tardó en precisarles que había sido el empuje llegado desde el sur el que se había materializado antes con la presencia de las dinastías almorávide y almohade en suelo peninsular. Ambas dinastías, de firme base religiosa y de procedencia norteafricana, habían gobernado al-Andalus durante algo más de una centuria, protagonizando con sus actuaciones la vida del país entre finales del siglo XI y comienzos del XIII.

Kamal Husayn explicó a sus colegas que eran muchas las fuentes que justificaban la venida de estas dinastías beréberes a la Península como lógica respuesta a la llamada de la fe proclamada por sus hermanos musulmanes andalusíes, seriamente amenazados por los avances cristianos. Esas mismas fuentes señalaban cómo, en general, la población andalusí había dispensado mejor acogida a los almorávides que a los almohades y cómo estos últimos, resultado de unos éxitos más escasos, habían gobernado menos territorios en la Península. No obstante, muchos analistas coincidían en deducir que, de no haber padecido las alianzas de los reinos cristianos y tantos contratiempos internos en el norte de África, los logros de almorávides y almohades en al-Andalus habrían sido más cuantiosos y llamativos.

En cualquier caso, la estancia de estas dinastías beréberes en suelo andalusí no se había traducido, según el profesor, más que en períodos de estabilidad de mayor o menor duración que, sin embargo, habían sido insuficientes para frenar los progresos cristianos. Consecuencia de ello, se había abierto un período en el que la media luna islámica había dejado de posarse en muchos de los territorios que en épocas pasadas habían sido musulmanes.

Situaciones parecidas a las ocurridas tras la caída del califato cordobés se habían vivido en la etapa de transición almorávide-almohade y en la que había seguido a la descomposición de esta última dinastía. Los levantamientos se habían multiplicado en las calles de las principales ciudades de al-Andalus. Éstas habían empezado a gobernarse sin

tener en cuenta las directrices del poder central, de tal modo que se habían configurado como ciudades independientes similares a las surgidas en el período de taifas, razón por la cual algunos historiadores habían coincidido en dar el nombre de segundas y terceras taifas a estas etapas. Con las terceras, derivadas del declive almohade, habían surgido gobernantes independientes que, lejos de ayudarse, habían rivalizado las más de las veces; torpe actitud que había colocado en situación de ventaja a los reyes cristianos que entonces se disputaban las plazas musulmanas.

Es posible que Kamal Husayn quisiera que la atención de sus colaboradores recayese especialmente en la etapa nazarí y que por eso no reanudara hasta otro día la línea histórica que era preciso seguir. Cuando se decidió a hacerlo, no dudó en afirmar que, por la trascendencia que habría de tener para la futura vida de al-Andalus, era imprescindible que les citase a uno de esos gobernadores independientes a los que se había referido en último lugar. En consecuencia, les nombró a Muhammad b. Yusuf b. Nasr, un destacado personaje nacido en Arjona (Jaén) que, después de haber hecho declaración de independencia en su localidad natal, se había ido anexionando territorios de las provincias de Jaén y Granada hasta configurar un destacado reino. Luego, mediante el pago de importantes tributos a la corona de Castilla, los monarcas que le siguieron habían posibilitado la supervivencia de al-Andalus hasta finales del siglo XV. El reino, una extensa banda que se prolongaba a lo largo del litoral meridional del Mediterráneo peninsular, abarcando casi todos los territorios de las actuales provincias de Granada, Málaga y Almería, había representado oficialmente el último y único signo de presencia musulmana en el país.

El profesor Husayn sólo se tomó un pequeño respiro para a continuación proseguir. Precisamente, a época nazarí remontaba la construcción de la Alhambra si tomábamos como referencia las edificaciones levantadas en el siglo XIII

por Muhammad b. Yusuf b. Nasr, así como otras posteriores debidas a sultanes que le habían ido sucediendo en el trono hasta que el reino se había extinguido a finales del siglo XV.

Bastó que el Dr. Husayn sacase a colación el nombre de la Alhambra para que las miradas de unos y otros se cruzasen sin saber muy bien por qué. Tal vez todos quisimos eludir una cuestión que siempre había flotado en el ambiente pero que nadie se había atrevido a plantear.

Evidentemente, desde su primera visita, raro había sido el día en que no nos habíamos preguntado si la propuesta que nos hacía el Dr. Husayn guardaba alguna relación con las noticias que entonces escuchábamos y leíamos en los medios de comunicación acerca del proyecto de construcción de una Alhambra en Riad.

Al principio, es posible que el talante y la actitud del profesor Husayn, tan afable pero a la vez tan reservado, influyeran decisivamente en nuestro ánimo como para que optásemos por no preguntar nada. Ya nos lo había dejado claro desde el primer día: su cliente prefería en esta etapa inicial permanecer en el anonimato. Y a fe que lo conseguía teniendo como mediador al Dr. Husayn, siempre atento a medir cada una de sus frases, evitando entrar en detalles del proyecto que se salieran de la parcela por él establecida.

Luego, la verdad es que, con el paso de los días, ese tipo de relación profesional se nos hizo tan familiar que es posible que acabásemos pensando en todo menos en la identidad del personaje que movía todo aquello en la sombra. De manera que tantas horas de agradable convivencia no fueron ofreciendo sino infinitas oportunidades de hablar. Y no sólo de historia, arquitectura o arte; también de nuestras vidas, de nuestro pasado y de nuestras inquietudes.

Por ejemplo, supimos que la familia de Sulayman al-Walid era originaria de Irak. Su abuelo, un militar nacido en Kirkuk, había vivido la época en que los pueblos árabes

buscaban denodadamente emanciparse de Turquía. Durante la Primera Guerra Mundial había prestado sus servicios a los ingleses en sus luchas contra los turcos e incluso había llegado a tener algún contacto con el célebre coronel T. H. Lawrence. Luego, su familia, después de la Conferencia de la Paz de 1919, se había trasladado a otra región.

Cuando a mediados del siglo XX nació Sulayman al-Walid en Riad, su padre ya había colaborado en trabajos de topografía que eran de aplicación directa al estudio de ferrocarriles y al de carreteras y caminos. Había entonces en Arabia Saudí una sola línea ferroviaria en actividad, que conectaba el puerto de Dammam, en el golfo Pérsico, con Riad. Y hablar en aquella época de carreteras medianamente aceptables equivalía a mencionar una que enlazaba Yedda con las ciudades santas de Medina y La Meca, y otra algo más desatendida que unía esta última población con Riad, Hufuf y Dammam.

En realidad, Sulayman al-Walid había aprendido la práctica de la topografía de su padre, pues él se había licenciado en Matemáticas. A su lado se había iniciado en todas las operaciones relativas a la planimetría, la nivelación en los trabajos de campo y en los planos de población con su representación gráfica. Luego, durante un tiempo, había actuado a las órdenes de ingenieros geógrafos, destinado como observador en mareógrafos y en estaciones meteorológicas. Pero eso había durado hasta finales de los ochenta, cuando decidió emprender viaje al Reino Unido para ampliar estudios. Allí había entrado en contacto con equipos de trabajo británicos dedicados a la restauración de edificios antiguos.

En Oxford había tenido ocasión de conocer a Kamal Husayn y a Faysal Yamani, este último algo más joven que él y vinculado también en los últimos años al mundo de la restauración arquitectónica.

Nieto de ingeniero e hijo de industrial, Faysal Yamani había recorrido medio mundo cuando lo conocimos. Tal y

como nos señaló riendo el profesor Husayn, había salido algo romántico y aventurero y había apostado por curtirse en los trabajos más variados en detrimento de los negocios familiares, en manos ahora de otros de sus hermanos.

Influenciado seguramente por Kamal Husayn, de un tiempo a esta parte se hallaba plenamente volcado en proyectos de restauración y, aun sin tener unos estudios específicos en la materia, comenzaban a destacar sus colaboraciones. Con el tiempo fuimos descubriendo que Kamal Husayn no sólo lo había reclamado a su lado para que se hiciera cargo de las labores de topografía, seguramente bien cubiertas con la intervención de Sulayman al-Walid, sino para contar con la opinión inteligente y sensata que todo emprendedor necesita cuando ha de tomar decisiones.

Dos veces por día hacíamos descanso. Era, por tanto, inevitable que, en medio de aquellas conversaciones en las que salía a relucir algo de nuestras vidas, hablásemos de cuando en cuando sobre la suerte que estaba corriendo la Alhambra de Riad. Principalmente, porque los periódicos españoles se hacían eco de cuantas noticias alusivas al tema circulaban por entonces.

Algunos diarios recordaban con todo lujo de detalles cómo había comenzado la historia tiempo atrás. Según se sabía, a finales de julio de 1997, el príncipe Abd al-Aziz, hijo del rey Fahd de Arabia Saudí, había acampado en el Llano de la Perdiz, una planicie que se eleva sobre la Alhambra y desde la que se contempla una majestuosa Sierra Nevada. Al parecer, quienes componían el séquito del ilustre visitante habían trasladado hasta allí lujosas jaimas que disponían incluso de aparatos de aire acondicionado, y furgones que ocultaban en su interior sofisticados aseos. El desplazamiento a Granada había supuesto un paréntesis en la estancia veraniega del príncipe en Marbella, de donde llegaba, según había afirmado él mismo, con la intención de practicar sus plegarias; si bien pronto se había sabido que el propósito inicial que lo había guiado hasta allí no

había sido otro que el de acampar en la propia Alhambra. Las evidentes trabas institucionales le habían hecho desistir de sus deseos y, finalmente, se había contentado con disfrutar del placer de instalarse en el Llano de la Perdiz, un lugar que, según había declarado, le hacía sentirse próximo a lo vivido por el célebre Boabdil.

Había quien afirmaba entonces que no era la primera vez que acudía al recinto de la Alhambra; que ya lo había hecho en numerosas ocasiones. Lo que no se sabía era desde cuándo rondaba por su cabeza la idea de construirse una réplica de los palacios nazaríes.

Con la información de que se disponía, parecía que lo más objetivo era remontar el inicio del proyecto a aquella acampada de 1997. Había sido entonces cuando había manifestado su intención de adquirir unas parcelas colindantes, propiedad del Ayuntamiento y de algún particular, para construirse allí un palacio. Más tarde, parece ser que algunas protestas ciudadanas denunciando que aquéllos no eran terrenos edificables habían detenido el proceso hasta hacerle abandonar la idea. Es posible que fuera entonces cuando decidiera levantar una copia parcial de la Alhambra en Riad.

Quienes habían tenido la oportunidad de vivir de cerca todos aquellos acontecimientos, contaban que había sido deseo expreso del mandatario saudí reproducir uno a uno todos los elementos propios del Patio de los Leones, incluyendo no sólo columnas, arcos y fuentes, sino hasta grietas de los muros. Pero, tal y como aseguraban, la obra, que debía reducirse al famoso Patio, se había realizado con prisas, sin planos precisos y a un menor tamaño que el real, por lo que, al comparar los resultados con el palacio nazarí, el príncipe Abd al-Aziz, consciente de que su Alhambra era infinitamente menos bella, no había tardado en ordenar su demolición.

A la empresa Oger International, con sede en París y propiedad de un libanés, se le había hecho responsable del proyecto. Según nos constaba, tras el derribo, esta misma

empresa se había ocupado de volver a levantar la construcción. Pero en esa ocasión, el cualificado equipo de ingenieros y arquitectos de Oger International había partido de bases más seguras. Hasta Granada se había desplazado el arquitecto francés Julián Domínguez, hijo de españoles, para gestionar la toma de datos y la contratación de profesionales y artesanos locales. Entre ellos figuraban desde arquitectos y topógrafos hasta fotógrafos e historiadores.

Corrían entonces ciertos rumores sobre el silencio que se les exigía a todos los implicados en el proyecto. Existía la idea muy difundida de que jardineros, fotógrafos, arquitectos o alfareros trabajaban bajo una consigna, según la cual revelar datos equivalía a perder el correspondiente contrato. Era lógico, por tanto, que, a tenor de aquellos comentarios, no hiciésemos más que encontrar similitudes entre aquel proyecto del que tanto hablaban los medios de comunicación y este otro para el que veníamos colaborando con Kamal Husayn.

Bien es cierto que apreciábamos ciertas diferencias. La principal, quizás, es que teníamos la certeza de estar trabajando junto a un equipo de formación inglesa que nada tenía que ver con empresa francesa alguna. Por otro lado, y esto sí era más significativo, siempre acabábamos sospechando que detrás de aquel proyecto no se escondía ningún miembro de la realeza saudí. En aquella época no podíamos asegurarlo, pero frases y comentarios aislados terminaban resultando favorables a esa interpretación. Por tanto, se inició un nuevo período en que, convencidos de aquello, empezamos a sentirnos parte activa de un plan que trataba de rivalizar, emular y aun superar la construcción de una Alhambra en Riad.

Ni buscábamos las noticias ni hablábamos del asunto con Kamal Husayn. Pero la cantidad de trabajo que venía recayendo sobre los gremios implicados hacía inevitable que saliesen datos a la luz, como, por ejemplo, que algunas ciudades francesas, españolas y marroquíes estaban envian-

do objetos y muebles de época a Riad para decorar las estancias de la nueva Alhambra.

Un artículo aparecido en el diario *El País* el domingo 21 de marzo de 1999 desvelaba información muy precisa. La periodista que lo firmaba, Karmentxu Marín, aseguraba que el director general de Oger International, André Volpelier, había entregado al Patronato de la Alhambra doscientos veintidós CD-ROM que se correspondían con la copia de todos los planos obtenidos, así como fotografías de más de siete mil metros cuadrados del palacio.

La autora del reportaje reproducía las cifras que se habían barajado en torno a la consecución del proyecto, como los doce mil metros cuadrados relativos a la superficie que se había decorado, el millón seiscientos mil ladrillos que habían suministrado los artesanos granadinos para las fachadas, los cuatro mil quinientos metros cuadrados de losas de cerámica empleados en los suelos, los ciento cincuenta técnicos que habían estado trabajando en la Alhambra a la vez, y las cinco mil horas invertidas por todos ellos durante su estancia en los palacios nazaries.

Desde aquella fecha en adelante nuevos datos y testimonios se fueron sumando a la información con la que contábamos, de modo que, recopilando aquí y allá, llegamos a disponer de un perfil bastante fidedigno de la suerte que corrió aquella historia, cuyo proceso final vino a sorprendernos inmersos en nuestro plan de acción.

De acuerdo con todo ello, hoy sabemos que el enorme terreno que posee el príncipe Abd al-Aziz en las afueras de Riad, en el barrio de los palacios, estaba originalmente cruzado por dos barrancos que confluían en forma de «Y». También sabemos que, para allanarlo, mandó rellenar uno de los brazos de esa «Y» con bloques de hormigón. La labor se realizó en una extensión de más de un kilómetro y de unos treinta metros de altura.

La nueva Alhambra se construyó en poco más de doce meses. En concreto, se concluyó en el año 2000. Ni mu-

cho menos se han reproducido todos los palacios y torres de la Alhambra nazarí, pero sí los más representativos: Palacios de Comares, Leones y Partal, así como la Torre de los Picos y el Peinador de la Reina.

Nos consta que estos elementos no han sido ordenados de la manera en que los conocemos. Además, por respeto a la auténtica Alhambra, la distribución de los palacios se ha hecho de forma especular con respecto a la realidad, como cuando se coloca una diapositiva por la cara opuesta. Y disponemos de información precisa según la cual, en algunas ocasiones, han sido alteradas las proporciones. Es el caso, por ejemplo, de la Torre de los Picos, que se ha levantado mucho más esbelta, a modo de atalaya.

Las estructuras de los edificios se han realizado con hormigón armado. El notable grosor de los muros de carga de la Alhambra se ha imitado mediante dobles lienzos con una amplia cámara interior en la que se ocultan las instalaciones y la climatización. De otro lado, se asegura que los habituales arcos de yeso de los pórticos nazaríes están colgados de perfiles metálicos sujetos a grandes vigas de hormigón.

Según tenemos entendido, las yeserías fueron talladas en Arabia Saudí mediante máquinas guiadas por ordenador, de forma que se han reproducido con exactitud hasta sus desperfectos y fisuras.

A diferencia de la auténtica Alhambra, el edificio cuenta, además, con una iluminación empotrada en los pavimentos con la que se consiguen efectos sumamente espectaculares.

Los empedrados se han realizado con piedras trasladadas en barco desde Filipinas. El procedimiento seguido, además de sorprender por su complejidad, no ha dado buenos resultados. Se partía de un dibujo en AutoCad a escala 1:1, es decir, a tamaño real, lo que significaba usar grandes carpetas con decenas de planos cada una. Cada plano se reproducía sobre una plancha de madera aglomerada y

mediante una máquina guiada por ordenador se recortaba el espacio correspondiente a las piedras blancas. Una vez colocado el tablero sobre el lugar donde se quería ejecutar el pavimento, se rellenaban con esas piedras los huecos recortados y se vertía mortero sobre ellas. Fraguado aquél, se retiraba el entablado, se cubrían las oquedades con piedras negras y se vertía de nuevo el mortero.

Al parecer, sobre el pavimento obtenido resulta difícil caminar. Las piedras, separadas unas de otras y sobresaliendo por encima del nivel del mortero, se clavan en los pies. Y es que, claro, la base de un buen empedrado radica en ajustar o amoldar unas piedras con otras, eligiendo las de forma más apropiada para cada hueco, de manera que entre todas conformen una superficie lo más continua posible, en la que el mortero de agarre apenas tenga presencia. Esto sólo lo pueden hacer las manos de artesanos expertos, quienes, además, normalmente casi no necesitan ni planos, pues tienen la costumbre de trazar el dibujo sobre el suelo a sentimiento, sin replanteos ni mediciones previas.

Los alicatados y pavimentos han sido confeccionados por artesanos de Marruecos, quienes emplearon técnicas tradicionales en el proceso de elaboración.

Todos los ladrillos y azulejos salieron de fábricas existentes en los alrededores de Granada. Algunas de ellas incluso reabrieron hornos ya en desuso.

En cuanto a los techos de madera, también fueron fabricados en Marruecos y montados por artesanos marroquíes.

Llegados a este punto conviene insistir en que nada de esto era tan nítido para nosotros entonces. Los días corrían, nuestro trabajo avanzaba a buen ritmo y nuestros nuevos compañeros se confiaban más a nosotros. Pero pocos detalles más conocíamos.

Sí llegamos a saber bastante de Amin al-Hilali. Según él mismo nos contó, lo de la fotografía le venía de lejos. Su abuelo, un egipcio aventurero muy aficionado a coleccio-

nar imágenes, había acompañado al célebre fotógrafo francés Henri Cartier-Bresson durante el viaje fotográfico que éste realizó en 1930 por Costa de Marfil. Por su parte, su padre, un gran amante de la fotografía, había viajado más de una vez a Cataluña, atraído por los trabajos de Francesc Català Roca, y su cámara había estado presente en episodios de gran trascendencia histórica, como el Mayo francés de 1968, o la Marcha Verde marroquí sobre el entonces Sáhara español, en 1975.

El azar había querido que Amin al-Hilali naciese en Egipto. Uno de sus tíos paternos, alto militar muy ligado a la política del general Naguib, había persuadido a su padre para que permaneciese en el país del Nilo atento a los acontecimientos que se avecinaban a finales de la década de los cuarenta. En efecto, cuando en 1950 el rey Faruq reclamó en el discurso del trono la plena e inmediata evacuación de las tropas británicas instaladas en la zona de seguridad del Canal de Suez y la unificación de los territorios de Egipto y Sudán bajo la corona egipcia, acababa de nacer Amin al-Hilali en Tanta, ciudad al noroeste de El Cairo que daba entonces albergue a su familia materna.

La personalidad de su abuelo y, más aún, la de su padre se dejaban ver en la admiración que sentía nuestro compañero egipcio por los fotógrafos reporteros de la célebre Agencia Magnum, entre los que él solía destacar a Herbert List o Philip Halsmann. Valoraba muy positivamente los trabajos de Ouka Lele y del portugués Sebastião Salgado. Y la imagen de Hemingway cazando, captada por el genial Robert Capa, presidía su mesa de trabajo.

Aunque sus colaboraciones con Kamal Husayn le obligaban a disparar fotografías estrictamente técnicas, Amin al-Hilali conservaba intactas una mente inquieta y una creatividad enormemente amplia que lo mismo le hacían coautor de libros de aventuras que ojo crítico de una rica temática social, política y cultural. Pero, además, tal y como solía enfatizar el profesor Husayn, Amin al-Hilali amaba la histo-

ria y gustaba de leer con su cámara el lenguaje que hablan las piedras milenarias.

Sobran ya explicaciones. Así había empezado todo. Los días habían corrido con rapidez; quizás con excesiva rapidez. Ellos nos habían contagiado su incansable ritmo y nosotros les habíamos enseñado a no dejar nada por ver. Y cuando nos habíamos querido dar cuenta, estábamos compartiendo frenética actividad con un grupo, que, además de cualificado, era extraordinariamente eficaz.

El profesor Husayn solía repetir que un profesional competente podía ignorar el cansancio durante jornadas completas sin resentirse. Y nunca le discutimos aquella máxima. Hoy, cuando ya todo ha concluido, somos conscientes de que aquel proyecto de búsqueda de la Granada andalusí logró entusiasrnarnos. Y las páginas que siguen a continuación no son más que puro reflejo de aquel entusiasmo.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN.—Un encuentro, una propuesta y un poco de historia	13

CAPÍTULO I

La Alcazaba Antigua: Una visita al primer recinto urbano amurallado de Granada

I.1. Aljibe de San José	46
I.2. Alminar de San José	47
I.3. Antiguo palacio del Marqués del Cenete (después Hospital de la Tiña)	49
I.4. Aljibe de San Miguel Bajo	54
I.5. Puerta del León	56
I.6. Puerta Monaita	57
I.7. La muralla de la Alhacaba	59
I.8. Palacio de Daralhorra	62
I.9. Arco de las Monjas	68
I.10. Aljibe del Rey	69
I.11. La muralla primitiva de Granada	71
I.12. Puerta de las Pesas	73
I.13. Puerta del Castro o de Hernán Román	74
I.14. Aljibe de San Nicolás	76

I.15. La muralla ibérica en el solar de la nueva Mezquita	78
I.16. Aljibe de Trillo	80
I.17. Aljibe de la Placeta de la Cruz Verde	82

CAPÍTULO II

El antiguo barrio de Axares, hoy de San Pedro: De paseo por una saludable zona al pie de la Alhambra

II.1. Casa de la Calle del Cobertizo de Santa Inés, núm. 4	90
II.2. El Bañuelo	96
II.3. Puerta de los Tableros	99
II.4. El Maristán	103
II.5. Casa de Zafra	110
II.6. Portada de ¿una mezquita?	117
II.7. Torreón de la Placeta de las Escuelas	120
II.8. Alminar de San Juan de los Reyes	120
II.9. Torreón de la Calle Guinea	123
II.10. Aljibe de las Tomasas	123
II.11. Aljibe circular	125
II.12. Carmen de Aben Humeya	126
II.13. Puerta de los Estandartes	131
II.14. Aljibe de Bibalbonud	132
II.15. Casa de la Cuesta de la Victoria, núm. 9	133
II.16. Casa de la Calle del Horno del Oro, núm. 14	135
II.17. Restos de la muralla del barrio de Axares	138

CAPÍTULO III

El Barrio Blanco y la muralla del Albayzín: Un ascenso a las cotas más elevadas de Granada

III.1. Puente del Aljibillo	146
III.2. Restos de la muralla del Albayzín	149
III.3. Casas del Chapiz	151

III.4.	Aljibe del Peso de la Harina	155
III.5.	Aljibe de Santa Isabel de los Abades	157
III.6.	El cementerio de la Rauda	159
III.7.	Aljibe de San Luis	163
III.8.	Aljibe de la Placeta de la Cruz de Piedra	166
III.9.	La muralla del Albayzín desde San Miguel Alto	168
III.10.	Puerta de Fajalauza	172
III.11.	Casa morisca del Callejón de la Albérezana, núm. 1.	176
III.12.	Casa del Callejón de la Albérezana, núm. 3	177
III.13.	La muralla del Albayzín cerca de la Puerta de San Lorenzo	178
III.14.	Puerta de San Lorenzo	180

CAPÍTULO IV

El Albayzín:

Viaje al corazón de un arrabal nazarí con entidad propia

IV.1.	Casa de Yanguas	189
IV.2.	Aljibe de la Plaza del Salvador	192
IV.3.	La Mezquita Mayor del Albayzín	194
IV.4.	Aljibe de Polo	200
IV.5.	Casa de la Plaza de Aliatar, núm. 1	201
IV.6.	Casa de la Plaza de los Castillas, núm. 5	205
IV.7.	Aljibe de la Vieja	209
IV.8.	Casa de las Tres Estrellas	211
IV.9.	Aljibe de Paso	212
IV.10.	Casa de los Mascarones	214
IV.11.	Baño del Albayzín	219
IV.12.	Plaza Larga	226
IV.13.	Aljibe de la Cuesta de la Alhacaba	228
IV.14.	Aljibe de San Bartolomé	229
IV.15.	Aljibe de San Cristóbal	231
IV.16.	El mirador de San Cristóbal y sus murallas	232
IV.17.	Aljibe de San Ildefonso	233
IV.18.	Puerta de Elvira: Su Bab al-Hadid	235

CAPÍTULO V

La Medina de Granada

o el centro urbano de la ciudad:

Asomándonos a la imborrable herencia del siglo XI

V.1. El conjunto arquitectónico de Puerta de Elvira	242
V.2. La doble muralla	246
V.3. Baño de Hernando de Zafra	247
V.4. La Calle Elvira	250
V.5. Puente del Baño de la Corona	254
V.6. La Madraza	259
V.7. Aljibe de la Mezquita Mayor	264
V.8. La Mezquita Mayor de Granada	265
V.9. La Alcaicería	270
V.10. Plaza de Bibarrambla	276
V.11. Puerta de Bibarrambla	282
V.12. Corral del Carbón	284
V.13. Aljibe de Rodrigo del Campo	290
V.14. Casa de los Tiros	291
V.15. Baño del Colegio de las Mercedarias	295
V.16. Casa de los Girones	298

CAPÍTULO VI

El mediodía de Granada:

Por los arrabales meridionales

y otros lugares del sur de la ciudad

VI.1. Campo del Príncipe	308
VI.2. Cuarto Real de Santo Domingo	309
VI.3. La muralla del Arrabal de la Loma	317
VI.4. Puente del Genil	318
VI.5. La Acequia Gorda	321
VI.6. Ermita de San Sebastián	322
VI.7. Alcázar Genil	328
VI.8. Cortijo del Cobertizo	334
VI.9. Darabenez o Casa de la Marquesa	335

CAPÍTULO VII
La Alhambra:

En la ciudadela palatina de los sultanes nazaríes

VII.1. Puerta de la Justicia	347
VII.2. La Alcazaba	348
VII.3. Puerta del Vino	351
VII.4. El Mexuar o área administrativa	352
VII.5. El Palacio de Comares	354
VII.6. El Palacio de los Leones	355
VII.7. La Rauda	357
VII.8. El Palacio del Partal	359
VII.9. Las casas del Partal	360
VII.10. El oratorio del Partal	361
VII.11. El Palacio de Yusuf III	362
VII.12. Puerta del Arrabal	363
VII.13. La Torre de la Cautiva	364
VII.14. La Torre de las Infantas	365
VII.15. Puerta de los Siete Suelos	366
VII.16. Casas y palacios de la Medina	367
VII.17. Baño público junto al Palacio de los Abencerrajes.	368
VII.18. El Palacio de los Abencerrajes	370
VII.19. El Palacio en el Parador de San Francisco	371
VII.20. La Calle Real	372
VII.21. El Baño de Muhammad III	375
VII.22. La Mezquita Mayor de la Alhambra	377
VII.23. Los baluartes de artillería cristianos	378
VII.24. El Generalife	379
VII.25. Castillo de Santa Elena	384
VII.26. Dar al-Arusa	385
EPÍLOGO.—Los resultados de una clonación urbana	389
GLOSARIO	397
DESCRIPCIÓN DE LAS LÁMINAS DE DOBLE PÁGINA	407

En busca de la
Granada andalusí

A finales del siglo XX, un equipo de técnicos saucíes formados en Gran Bretaña se desplazó hasta Granada al frente de una misión un tanto peculiar, aunque, sin duda, enormemente atractiva: clonar los restos de la urbe islámica granadina. Aquella labor les obligó a registrar datos y apuntes muy minuciosos de las huellas que la cultura de al-Andalus había dejado en la ciudad, una tarea para la que buscaron colaboración a través de especialistas locales, quienes, además de brindarles información exhaustiva y actualizada de las construcciones andalusíes que aún quedaban en pie, actuaron de acompañantes y guías todo el tiempo que duró su investigación. Como fiel reflejo de los itinerarios seguidos por aquel grupo de trabajo, no hay duda de que este libro, con su exposición sencilla y ordenada, prestará valiosa ayuda a cualquier persona interesada en recorrer y descubrir de manera clara y rigurosa el rico patrimonio que los siglos de presencia musulmana legaron a la capital granadina.



COMARES
editorial

